

Miguel Ángel Garrido Gallardo (Compilación y prólogo). *La moderna crítica literaria hispánica*. Antología
Madrid, MAPFRE, Colección Idioma e Iberoamérica, 1996, 346 págs.

La moderna crítica literaria hispánica. Antología reúne veinticinco trabajos de distintos especialistas en literatura hispánica. El volumen encierra varias novedades para el mundo de la crítica literaria, en especial para la crítica dedicada a temas de literatura española, derivadas de la ruptura con algunas tendencias, un poco anquilosadas ya, de un sector del hispanismo.

Quizás parezca un contrasentido afirmar que un libro dedicado tanto a autores españoles como hispanoamericanos encierra transformaciones especialmente fructíferas para uno de los dos campos. La aparente incongruencia se disipa con la lectura atenta del imprescindible prólogo del profesor Miguel Ángel Garrido Gallardo. De manera concisa y con suma lucidez el responsable del volumen describe el estado de la cuestión de la crítica hispánica mediante unas palabras que tienen un gran componente de acto performativo y de connotaciones programáticas, más aún si se considera el propósito de continuidad implícito en “Colección Idioma e Iberoamérica”.

Sin la virulencia ni las descalificaciones que se pueden hallar en otros artículos de similar temática, Garrido Gallardo deja trazado un mapa de la crítica hispánica —en el cual el especialista avezado reconoce particularmente al campo peninsular— que se caracteriza por la presencia de una tradición refractaria a los marcos teórico-metodológicos que proporcionan un respaldo científico a los estudios literarios. Tal actitud renuente a la teoría encerraría en realidad la fidelidad a paradigmas científicos formulados hace casi un siglo —crítica filológica, objetividad positivista.

Garrido Gallardo se sitúa en el otro polo de la crítica, representada por una corriente que, no sin dificultades, defiende un acceso al objeto literario con los rudimentos que proporciona un marco teórico riguroso, atento a la producción de conocimiento en el campo de la disciplina. Se trata de una corriente que no pretende ser homogénea, ni regirse por criterios uniformes, ni privilegiar un rumbo teórico por sobre los demás. Le importa destacar en cambio la concepción de la literatura como discurso privilegiado que se cruza con la casi totalidad de los discursos sociales. En este sentido, el prólogo reitera su matiz programático al subrayar su interés por los diversos acercamientos teóricos que desde el psicoanálisis a la antropología, la semiótica a los estudios culturales, han abierto el horizonte de las prácticas críticas posibles con la común condición de una metodología pertinente y el propósito declarado de construir una crítica de claves sistemáticas y explícitas, alejada de todo comentario subjetivo e impresionista. El solo hecho de realizar una prolija descripción del estado de la crítica entre los hispanistas pone de manifiesto, la actualidad del debate y la necesidad que tienen las tendencias renovadoras de legitimar constantemente sus prácticas; la aproximación a los textos a partir de bases teóricas firmes tiene los rasgos de un término marcado.

Otro intento de desprenderse de tópicos y prácticas rutinarias se revela en el estatuto de “hispánica” que otorga a “la moderna crítica literaria” en el título del libro, revelando el propósito de desandar una compartimentación muy arraigada en la literatura española. Sin duda el término tendrá un flanco abierto a las objeciones y a la disensión, como toda vez que se requiere un determinante —y por lo tanto, un recorte y una representación— en el corpus de las literaturas escritas en España y en Hispanoamérica. Si el término es problemático en las ex-colonias, no lo es menos en la Península, cuando con solo mirar el índice del libro se puede comprobar que no se incluye ningún autor ni obra “hispánica” en lengua no castellana. Sin embargo, el volumen logra instaurar un acercamiento en un campo con excesivas escisiones y desconocimientos mutuos: la reunión de autores ligados a problemas y tradiciones muy diferentes e inconfundibles, como Juan Rulfo, Miguel de Unamuno, César Vallejo, Rosa Chacel, Manuel Puig, por nombrar algunos de los incluidos en la serie, constituye una propuesta distinta que deberá prosperar en sus aspectos positivos, previniendo al mismo tiempo los riesgos de un aplanamiento de las marcas de pertenencia a series literarias y culturales particulares.

Los veinticinco artículos que integran el libro han surgido del Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo celebrado en Madrid en junio de 1983. El título de la convocatoria da un sesgo común a la orientación teórica de los trabajos, en los cuales, con excepciones, se observa la preeminencia de un modelo semiótico con grados diversos de formalización y “dureza”, con mayor o menor tributo a la descripción estructural, con dispar acatamiento a postulados inmanentistas.

El modelo descriptivo semiótico cobra, a mi juicio, mayor realce y densidad cuando se cruza con

entradas críticas provenientes de otros campos. Así ocurre con el excelente artículo “La expansión semiótica de la figura del ángel en *Sobre los ángeles* [de Rafael Alberti]” de Wladimir Krysinski. En este caso, la teoría de la desconstrucción permite descubrir la “diferencia”, la ruptura fundamental que se opera en el topos del ángel albertiano. El autor expone una breve pero rigurosa reseña del valor y la función del ángel en la tradición clásica a partir de la *Biblia* demostrando que el poeta andaluz realiza una serie de operaciones que confieren a su poemario un carácter único, aun si se lo compara con la obra de los poetas que en la Modernidad —previo antecedente en Dante— retomaron la figura angélica desde una visión poética y no teológica —Boleslaw Lesmian, Rainer María Rilke, Paul Valéry. Uno de los resultados más interesantes de este trabajo es el análisis de la contra-figura que representan los ángeles de Alberti sin recurrir a las hipótesis mecánicas a las que suele apelar alguna crítica, bien sean sustentadas en noticias biográficas, bien en sondeos pretendidamente psicológicos. Krysinski no desdeña trabajar con los datos vitales del poeta, pero los analiza en su configuración poética y textual: prefiere referirse a autobiografía poética y verificar la constitución de imágenes aladas que actúan como operadores personales negativos. El rasgo distintivo del poemario del escritor gaditano es la tensión dialéctica de unos ángeles terrenos que disputan con la tradición mediante atributos opuestos a los de los mensajeros celestiales.

En otros trabajos del volumen colectivo que se reseña, el modelo teórico se vuelve doblemente fructífero al favorecer lecturas críticas superadoras, que avanzan sobre análisis anteriores igualmente autorizados. Sólo mencionaré dos de estos artículos, los referidos a *La familia de Pascual Duarte* y a la poética de Gabriel Celaya.

En “La figura del narratorio” Germán Gullón realiza un minucioso examen de las figuras del transcripto el destinatario interno, el narrador y el narratorio en la novela de Cela. El análisis, sustentado en una iluminadora preocupación por el momento de la escritura, le permite arribar a conclusiones muy sugestivas sobre el desdoblamiento de Pascual en actor-autor de los crímenes y en relator que reflexiona, se dirige a un “usted” y, finalmente; asume la voz transmisora de la experiencia de la escritura. No es menos singular y novedosa la caracterización del transcripto como la de un típico proto-intelectual de la sociedad franquista, cómplice de la política oficial, seguro poseedor de los saberes y valores necesarios para juzgar con ecuanimidad al reo.

En “Prosaísmo y retórica en la poesía social” Antonio Chicharro Chamorro reconsidera la ya clásica aserción de la crítica sobre la ausencia de artificio en la poesía social española y en particular en la poesía de Gabriel Celaya. Para el autor del artículo, el muchas veces cuestionado prosaísmo del poeta vasco está más ligado a una nueva retórica que a una ausencia de ella. Un esclarecedor recorrido por las reflexiones de Celaya sobre la palabra poética demuestra su constante búsqueda de formas nuevas que entroncaran con los cambios de mentalidad —existencialismo, preocupación social— en el contexto histórico de la posguerra. Frente al objetivo formalista de perfección estética, los poetas sociales privilegiaron la eficacia comunicativa, distanciándose tanto del embellecimiento retórico como del didactismo prosaico. La crítica no supo ver, en muchas ocasiones, la gran preocupación por el lenguaje que subyacía en la búsqueda de modos poéticos que se distanciaran de los establecidos. El rechazo de los procedimientos y del lenguaje considerado “poético” según las prácticas hegemónicas, no significó para los poetas “sociales” negar las categorías básicas en las que se asienta el discurso literario contemporáneo. En este sentido, Chicharro Chamorro cuestiona toda concepción teórica que ignore la tensión entre ideales estéticos diferentes, incluso opuestos, en un mismo momento histórico. La oportuna cita de la vanguardia y del arte por el arte ratifican sus observaciones acerca de los desplazamientos y reemplazos de los distintos postulados estéticos en la esfera del arte. En este juego de fuerzas que constituye una de las marcas del arte del siglo XX, al menos hasta los años 60, debe encuadrarse el análisis de la poesía social española: su valor y significado no pueden desconocer la búsqueda de una estética diferente a la dominante, con una nueva función. Reformulado así el problema, las acusaciones de “escasez de estilo” pierden toda pertinencia para dar paso a la reflexión sobre el “estilo de la escasez”, en las acertadas palabras del crítico de la Universidad de Granada.

Se inviste de un interés particular el artículo dedicado al teatro de Antonio Buero Vallejo, “Punto de vista e intertextualidad”. El autor, José Luis García Barrientes, toma como punto de partida el estado deficitario de la semiótica de los textos teatrales con respecto a la muy desarrollada narratología. Una “dramatología” que considere el texto dramático como espacio teórico surgido de la intertextualidad de las fuerzas literarias y teatrales que interactúan recíprocamente tiene hoy reconocidos garantes en el mundo de la teoría y la crítica teatrales. García Barrientes revalida su carta de existencia a través de un repaso al problema de la visión o punto de vista, con citas precisas y muy ilustrativas de Shakespeare,

Ibsen, Chejov, para detenerse finalmente en el teatro de Buero y en su peculiar empleo del efecto de visión. El artículo logra demostrar la insuficiencia de la crítica cuando esta permanece dentro de los límites del texto escrito. La distinción entre texto dramático y artefacto teatral vuelve a afirmarse con toda legitimidad apoyada no solo en un conocimiento minucioso de la dramaturgia del autor de *Historia de una escalera*, sino también de las puestas y representaciones de sus obras.

El artículo “Borges autor del Quijote” de Hugo W. Cowes no está elaborado tanto desde mi determinado marco teórico como a partir de un problema teórico. El profesor de la Universidad de La Plata —y permítaseme estar por esa razón más informada sobre sus trabajos anteriores— ha desarrollado una escrupulosa línea de reflexión en torno al problema del referente. Su amplio dominio de los distintos modelos teóricos que han orientado la crítica literaria le permiten retomar el pensamiento de nombres ya clásicos de la teoría o la crítica —Dilthey, Amado Alonso— junto al de los más contemporáneos —Ricoeur, White, Derrida... La ineludible actualización que el giro epistemológico en el campo de las ciencias sociales impone en los estudios literarios delinea las lecturas de Cowes y devienen nuevas aproximaciones a los clásicos, resultado de la revisión de la concepción lineal del tiempo y el espacio. Las diferentes designaciones de la dama/campesina de don Quijote/Alonso Quijano —Dulcinea del Toboso, Aldonza Lorenzo— le permiten, a través de una minuciosa operación analítica, ahondar en las relaciones significante-referente, realidad-discurso, autor-receptor, lectura-escritura. De la misma manera que en “Pierre Menard autor del Quijote”, Borges invierte la determinación tradicional texto consagrado-genera-críticas acumulativas, y demuestra que las lecturas presentes reescriben la obras del pasado, Cowes invita a explorar los problemas que el presente, con su multiplicada complejidad, instala en los textos iluminándolos desde nuevas perspectivas.

Debido a la concisión a que obliga una reseña, no podré detenerme en cada uno de los artículos incluidos en *La moderna crítica literaria hispánica*. La referencia a unos pocos de ellos no significa un desconocimiento de la excelencia de los trabajos restantes, por el contrario, intenta ser un indicador y un síntoma; la predilección por aquellos dedicados a temas y autores de literatura española responde únicamente al área de mi especialidad, de la cual consideré poco prudente apartarme.

Sólo me resta hacer algunas consideraciones sobre aspectos aleatorios que son lugar común en nuestro ámbito: Las dificultades editoriales del mundo académico no necesitan comentario: sin embargo, quisiera expresar mi confianza en que la próxima publicación emprendida por la “Colección Idioma e Iberoamérica” pueda anular distancias entre fecha de edición y fecha de producción. Como bien señala Garrido Gallardo en el prólogo, el cambio en la disciplina es continuo y es de lamentar que trabajos que fueron escritos en 1983 recién vean la luz en 1996. Si no mediara tal distancia, en algunos artículos sin duda aparecerían en forma explícita categorías claramente insinuadas, como “institución”, “canon”, “imaginario”, “posvanguardia”.

También puede añadirse como expectativa que la mirada abierta y plural revelada en las consideraciones preliminares se reafirmen en publicaciones futuras con la incorporación de lecturas instaladas en otros lugares del amplio espectro de las teorías actuales. La calidad del presente volumen y su sólido encuadre ante las cuestiones esenciales de los estudios hispanistas merecen la continuidad en nuevos esfuerzos editoriales.

Raquel Macchiuci